

ARMANDO RODERA



EL
PASTOR

Bryan Jackson es un delincuente común que cumple condena por tráfico de drogas en la penitenciaría de Broken Narrows. En la cárcel le llaman *El Pastor* por sus soflamas fundamentalistas y sus continuas referencias bíblicas al hablar. Lleva más de una década en prisión y le van a transferir a una cárcel de menor seguridad debido a su buen comportamiento. Pero en ese traslado ve una oportunidad de escapar y no se lo piensa dos veces, aunque tenga que dejar varios cadáveres por el camino.

El fugado solicita entonces ayuda a sus antiguos camaradas de la Hermandad, un grupo supremacista blanco comandado por su viejo amigo Cranston. Tiene que huir de las autoridades que le persiguen y esconderse de nuevo hasta que su antiguo jefe le ayude a cambiar de vida. Y a cambio, colaborará en las nuevas operaciones criminales del grupo sin olvidarse de sus propios planes de venganza.

El Pastor tiene en el punto de mira a Jake Butler, un antiguo policía de Nueva York, por una redada policial ocurrida años atrás. Butler, ajeno a los planes de su nuevo enemigo, ha dejado atrás su etapa como miembro de las fuerzas del orden. Mientras afronta sus tormentosas relaciones familiares, se ve envuelto además en una guerra entre clanes mafiosos por el control de Brooklyn. Solo tiene el consuelo de la vuelta a la ciudad de Andrew, su sobrino, convertido en un flamante agente federal. Pero entonces comenzará a recibir amenazas de *El Pastor* y tendrá que tomar precauciones para mantener a salvo a su familia.

Cuando la brutalidad golpea de nuevo en el corazón de la Gran Manzana, Butler se ve envuelto en una operación conjunta de varias agencias federales que investigan la relación de *El Pastor* con los últimos sucesos ocurridos en NY. Tendrán que poner todo de su parte para cazar al asesino an-

tes de que lleve a cabo su último golpe. Pero Butler no estará preparado para el duelo a cara de perro que le propone *El Pastor*. Y entonces, mal que le pase, tendrá que luchar por su vida y la de sus seres queridos antes de salvar a su ciudad, un Nueva York atacado por una mente rencorosa que clama por su venganza.

EL PASTOR

Armando Rodera

Capítulo 1

Regreso a la libertad

Pensilvania, noviembre de 2012

Morfeo se mostraba inquieto en el interior del furgón policial, muy nervioso, sin perder detalle de los movimientos de los guardias que les custodiaban. Se trataba de su primer traslado a la penitenciaría del Estado, una cárcel de menor seguridad que la de Broken Narrows, la prisión donde había vivido sus últimos años.

—Respira tranquilo, hermano, te va a dar algo... —aseguró Bryan Jackson, más conocido por todos los presos como *El Pastor*.

—Métete en tus asuntos —replicó el afroamericano.

—¡A callar de una vez! —vociferó uno de los guardias—. Quiero veros en silencio, al próximo que abra el pico le pongo también el bozal.

El Pastor hizo un gesto de asentimiento, no quería ningún problema con los guardias durante el viaje. Todos los presos estaban esposados y tenían grilletes en los tobillos, pero les habían dejado la boca libre. El verdadero problema radicaba en que los guardias no habían comprobado las sujeciones a la barra de seguridad, un cilindro metálico que atravesaba la zona de asientos en la que se encontraban acomodados. Y ese podía ser un fallo tremendo.

Jackson se fijó de nuevo en su compañero de viaje, el famoso Morfeo. Sus amigos le habían dado ese apodo por su supuesto parecido con Lawrence Fishburne, el actor que

interpretaba al auténtico Morfeo, el de Matrix. *El Pastor* no se preciaba de ser un gran cinéfilo, pero le parecía de pésimo gusto comparar a aquella basura humana con el fantástico personaje de una trilogía mítica para los amantes del género.

De todos modos, Morfeo no le caía del todo mal a Jackson. De hecho le debía más de una, cuando el afroamericano le salvó en alguna que otra ocasión de una trifulca entre bandas en las duchas. Jackson se consideraba un hombre de ley, pero bajo aquellas circunstancias no se iba a andar con miramientos.

En la parte trasera del furgón viajaban seis presos de los considerados de peligrosidad media, por lo que solo eran custodiados por dos guardas en la carlinga del vehículo, más el conductor que se encargaba del transporte. Unas condiciones que había que tener muy en cuenta a la hora de valorar los riesgos.

—Seis contra tres, no está mal. Dios está de nuestra parte —farfulló Jackson entre dientes.

—Schhh, no es el momento de hacer cálculos —murmuró con acento muy marcado Kozlov, el preso ucraniano sentado justo enfrente de él.

—¡Maldita sea! Es la última vez que os lo digo, me duele la cabeza de aguantaros. —El jefe de los guardias, Vásquez, odiaba por igual a los afroamericanos y a los supremacistas blancos, por lo que aquel traslado le repateaba las tripas—. Sweeny, acelera, a ver si llegamos de una puñetera vez a nuestro destino y nos deshacemos de tanta escoria.

Vásquez golpeó la rejilla que separaba el habitáculo trasero de la cabina del furgón, apremiando al conductor para que no se retrasara en la carretera. Al fin y al cabo, ellos realizaban una labor importante y podían saltarse las normas de tráfico, aunque en el fondo no fueran verdaderos agentes de la ley.

—¡Qué se joda la Policía del Estado! Nosotros somos los verdaderos dueños de la carretera, ¿verdad, Hightower?

—Sí, señor —contestó el interpelado, un joven guardia con apenas una semana de experiencia en Broken Narrows. Nadie quería acompañar a los reclusos a la prisión del condado de Sterling, y menos con Vásquez de oficial al mando, pero el muchacho tuvo que apechugar ante los veteranos y mostrarse dispuesto a asumir ese papel.

Hightower no quiso desairar a su jefe, y menos aún recordarle cómo había sido rechazado hasta en tres oportunidades en la Academia de Policía de Pensilvania. Al novato le habían explicado lo que tenía que hacer durante el traslado, pero no las tenía todas consigo, por mucho que sus compañeros se rieran de él. Y claro, todavía no había asimilado bien los automatismos necesarios para realizar de modo correcto la secuencia de movimientos en un traslado al tratarse de su primera misión de ese estilo dentro de la penitenciaría.

El Pastor bajó la cabeza y la metió entre las rodillas mientras cerraba los ojos. Jackson llevaba recluso doce años en la penitenciaría de Broken Narrows, y por fin abandonaba esa cárcel de máxima seguridad. Sus contactos le habían asegurado que sería posible conseguir su objetivo a corto plazo, pero él no lo veía tan claro.

En la cárcel se había dedicado a estudiar la Biblia al detalle, de ahí el apelativo con el que le bautizaron entre la población reclusa, e incluso entre los mismos funcionarios de la prisión. No le importaba que le llamaran así, le daba un aire de respetabilidad que podría beneficiarle entre las cuatro paredes de un entorno tan hostil como el de Broken Narrows.

Jackson intensificó incluso su nuevo rol y soltaba sentencias bíblicas de adoctrinamiento a diestro y siniestro. Al principio sus compadres se lo tomaban a chufra, pero pronto supieron que *El Pastor* tenía buenas amistades entre los

diferentes capos de la cárcel, por lo que todos le reían las gracias, sin atreverse a tocarle ni un pelo allí dentro.

El Pastor, por afinidad étnica, religiosa e incluso de paisanaje, cayó casi sin querer en el grupo que Vásquez, o el mismo alcaide de la prisión, el señor Mckenzie, denominaban «basura blanca». Un término despectivo largamente extendido en los Estados del Sur, pero también en ciudades como Nueva York o Los Ángeles, con el que Jackson no terminaba de encajar del todo, por mucho que hubiera vivido gran parte de su juventud en un *parking* de caravanas.

Su nivel cultural nunca había sido demasiado elevado, pero tampoco tan ínfimo como el término medio del grupo con el que se juntaba en la cárcel. En sus doce años de presidio había aprovechado para estudiar, leyendo cuanto libro de la biblioteca penitenciaria caía en sus manos, no solo la Santa Biblia: leyes, economía, ficción literaria y otros temas que le mantenían la mente ocupada para olvidarse de los motivos reales por los que había dado con sus huesos en prisión.

Jackson pasó del *parking* de caravanas a cometer pequeños hurtos en gasolineras y tiendas de ultramarinos. Y a partir de ahí, todo fue una carrera cuesta abajo, derecho a un pozo sin fondo del que le costaría salir sin secuelas. Cuando se quiso dar cuenta, se encontró atracando a mano armada la sucursal del Citibank de Tulsa en compañía de su hermano Christopher. Y no se podía quejar de su suerte en aquel lance, ya que salieron bien parados a pesar de la nula preparación del golpe.

Su carrera delictiva no había hecho más que comenzar, y el dinero fácil le quemaba en las manos: alcohol, drogas, mujeres y todos los vicios que pudiera conseguir por un puñado de dólares le hicieron caer en una espiral sin control. Durante los siguientes cinco años entró y salió en varias ocasiones de la cárcel, mientras se gastaba todo el dinero que se agenciaba y se veía envuelto en multitud de proble-

mas. Hasta que conoció el poblado de White Peaks y sus supremacistas blancos, un oasis de supuesta tranquilidad enclavado en uno de los suburbios de Filadelfia, a las afueras de la gran ciudad.

Jackson no comulgaba con todas las ideas locas de Cranston y sus hombres, unos racistas de tomo y lomo que se creían por encima de la ley. Los supremacistas no tragaban a los indios nativos norteamericanos, ni a chicanos o latinos de cualquier procedencia, ni siquiera a los judíos, por muy blanca que fuera su piel. Eso por no hablar de los afroamericanos, una raza inferior a los ojos del Señor, según unos parámetros mentales que *El Pastor* no terminaba de acomodar en su cerebro.

Se instaló en el poblado a finales de los años noventa del siglo pasado con su hermano Chris, huyendo de los delitos cometidos en los Estados del Sur. Cranston y su milicia les recibieron con los brazos abiertos, pero les iban a exigir algo a cambio: participar en las actividades delictivas de su hermandad, conocida como *White Power*, entre ellas el proxenetismo o el tráfico de droga en la zona, con el corredor Washington-Filadelfia-Nueva York como eje central de sus operaciones.

Bryan y Chris se ganaron la confianza de los gerifaltes del clan supremacista y participaron incluso en otras operaciones más arriesgadas, como el tráfico de armas. Se la habían jugado a un grupo de moteros de Virginia, los *Renegados*, al quedarse con el material y también con el dinero tras una trifulca que acabó con varios heridos en ambos bandos. Después de semejante operación Cranston nombró a Jackson como uno de sus lugartenientes y él se lo agradeció.

Jackson comenzó a creerse el rey del mambo y arrastró a su hermano pequeño a golpes cada vez más arriesgados para impresionar a Cranston. Hasta que en una entrega rutinaria de mercancía a las afueras de Nueva York, cocaína

para unos tratantes de mujeres que les proporcionaban carne fresca, fueron pillados in fraganti.

La DEA y la Policía del Estado les estaban esperando en una operación conjunta, ya que ambas formaciones delictivas —los supremacistas de Cranston y los traficantes de esclavas sexuales— llevaban tiempo en el punto de mira de las fuerzas del orden. Y nada mejor que un intercambio de mercancía para pillarlos a todos con las manos en la masa.

Jackson se percató enseguida de la encerrona y salió de allí pegando tiros, mientras su hermano Chris le cubría las espaldas. Tenían preparado el Silverado en la parte de atrás del barracón donde se habían reunido, pero las fuerzas del orden les interceptaron antes de alcanzar el vehículo.

—¡Alto o disparo! —les gritó un policía nada más cruzarse con ellos.

—¡Ni lo sueñes! —contestó Jackson al tiempo que disparaba en su alocada huida.

Bryan se fijó en su contrincante, un policía de estatura media bastante musculado, rapado al uno, y con un gesto de férrea determinación que causaba verdadero pavor. Jackson asumió que no podría escapar sin consecuencias y los segundos siguientes le dieron la razón.

Christopher comenzó también a disparar sin sentido y obligó al policía a parapetarse tras su vehículo, mientras su hermano intentaba rodear la zona para coger en desventaja a su rival. Lo que no tuvieron en cuenta fue la buena puntería del uniformado, que acertó a Bryan en el muslo derecho y le hizo caer al suelo entre terribles dolores.

El pequeño de los Jackson se volvió entonces loco, y salió de su escondite gritando como un energúmeno:

—¡Maldito cabrón, acabaré contigo!

—Chris, no salgas a descubierto...

Bryan gritó la última frase desesperado al ver el cariz que tomaba la refriega. Le habían herido, pero pudo esconderse tras unos contenedores de basura. Su hermano, por el contrario, creyó encontrarse en el salvaje Oeste, pero

Chris andaba muy lejos de la legendaria puntería de los vaqueros de leyenda. Y el resultado fue el esperado al enfrentarse a un policía con una buena hoja de servicios y experiencia contrastada en el Cuerpo.

El miembro de la Policía del Estado se encontraba a salvo tras su parapeto, pero los disparos del delincuente se acercaban cada vez más a su posición. Tal vez una de las balas atravesara la carrocería del coche y le hiriera gravemente, por lo que tuvo que tomar una decisión antes de que aquel tipo le friera a tiros con su arma.

Apuntó con cuidado a su enemigo e intentó dirigir su disparo hacia el hombro o el brazo del maleante para inutilizarle a la primera. Pero Chris Jackson se movía a saltos, nervioso, incapaz de saber que se encaminaba hacia un destino cruel. Y el policía, sin poder evitarlo, le acertó en pleno pecho, hiriéndole de muerte a su pesar.

—¡Nooo! —gritó Bryan mientras descargaba sus últimas balas sobre el coche policial.

Los agentes de la DEA acudieron también al tiroteo formado en el exterior del barracón cuando tuvieron asegurada la zona, y llegaron al escenario justo en el momento en el que Bryan arrojaba su arma al suelo, desesperado tras agotar la munición. Rápidamente le redujeron, aunque en realidad la herida de su pierna le impedía huir o crear más problemas a los miembros de los Cuerpos de Seguridad.

El policía, mientras tanto, se había acercado al delincuente abatido para intentar prestarle asistencia, pero el joven Jackson se ahogaba en su propia sangre:

—¡Ayuda, por favor! —exclamó a voz en grito—. ¡Este hombre necesita un médico, que alguien llame a una ambulancia!

—Tranquilo, las asistencias ya están en camino —contestó el jefe del destacamento de la DEA—. Estos cabrones no se lo merecen, pero les atenderá el mejor personal médico. Aunque creo que este tipo ya no va a necesitar nuestra ayuda.

Bryan Jackson no pudo evitar la muerte de su hermano menor, ni por supuesto la larga condena que le impusieron tras un juicio en el que las abrumadoras pruebas acabaron de un plumazo con su carrera delictiva: veinte años de reclusión mayor, solo con posibilidad de revisión cuando llevara diez años entre rejas, y eso siempre que tuviera buena conducta.

El Pastor intentó enderezar su rumbo en prisión, por lo menos a ojos de las autoridades competentes. Pero en su mente solo había hueco para una palabra: venganza. Venganza contra los agentes de la DEA que le interceptaron sin remedio en una operación fallida en la que debía haber tenido más cuidado y, por supuesto, venganza contra el maldito policía irlandés que había acabado con la vida de Chris.

El viaje en furgón enfilaba el último tercio y las oportunidades se esfumaban. Jackson no quería creer en milagros, pero sus amigos le habían asegurado que le ayudarían a conseguir sus objetivos. Para ello, como preludeo fundamental, debía alcanzar la libertad. Aunque eso significara provocar algún daño colateral.

Jackson le hizo un gesto imperceptible a Kozlov que pasó inadvertido para el resto de hombres que viajaban en el furgón, tanto a los custodiados como a los guardias que velaban por la seguridad de aquel viaje. En ese momento el ucraniano hizo un movimiento extraño y se dislocó con un golpe certero el pulgar izquierdo. De ese modo obligó a la esposa situada en la muñeca de ese lado a deslizarse a través de los dedos. Con la mano libre alcanzó un estilete que previamente habían situado bajo los asientos, pegó un fuerte tirón para desencajar el cilindro metálico y se lanzó de cabeza a por Hightower, el miembro más débil de la manada.

Vásquez era perro viejo y reaccionó con rapidez y valentía, pero llevaba las de perder. Sacó su arma reglamentaria y apuntó a Kozlov, pero un tremendo bache de la carretera

le hizo fracasar en su primer intento. El que se llevó entonces la peor parte fue Morfeo, herido de gravedad tras el disparo, cuando ni siquiera formaba parte del intento de huida.

—¡Suelta el arma de una puta vez o me cargo a tu compañero! —bramó el ucraniano.

—Tranquilo, Russky, no cometas ninguna tontería...

—Baja el arma, es la última vez que te lo digo.

El fuerte acento de Kozlov no impidió adivinar sus intenciones al verle colocar el estilete en el cuello del novato. Vásquez sabía que si soltaba el arma él sería también hombre muerto, pero si no hacía caso acarrearía la muerte de Hightower sobre su conciencia.

—¡Al carajo, malnacido!

—Ni se te ocurra...

El veterano guardia disparó su arma y acertó a Kozlov en medio de los ojos. Sin embargo, su cerebro envió una última orden a sus manos y ensartó diez centímetros de estilete en la carótida del infortunado Hightower, una puñalada mortal de necesidad.

Jackson supo que había llegado su momento, no se lo iban a dar todo hecho si quería escapar de allí. Su compinche acababa de morir y se había llevado por delante a un guardia, pero hasta ese momento nadie tendría por qué inferir que él se encontraba también dentro del motín a bordo. Dudó solo durante unas décimas de segundo, las necesarias para mirar a los ojos a los otros tres presos que quedaban con vida y saber que todos estaban de su parte.

Algunos de esos hombres se encontraban a escasos meses de cumplir sus condenas, y por eso se les trasladaba a una cárcel de inferior seguridad. Pero la libertad se encontraba ahí mismo, al alcance de la mano, y esa oportunidad era muy difícil de rechazar.

Todos se habían dado cuenta de lo endeble del sistema de seguridad, sobre todo en las sujeciones contra la barra metálica. Así que los cuatro se pusieron de acuerdo, dieron

un fuerte empujón, y arrancaron los tornillos que mantenían sus cadenas ancladas al asiento corrido. Unos segundos después, cuatro presos que habían recuperado su peligrosidad se abalanzaban sobre Vásquez y le pillaron por la espalda a traición.

Hughens, un matón de poca sesera, enganchó el cuello de Vásquez desde atrás con la cadena que sujetaba sus esposas. Ejerció una fuerte presión sobre la tráquea del funcionario y venció en pocos segundos la resistencia de un hombre que falleció sin darse cuenta.

Los gritos y vítores se sucedieron en el interior del vehículo, con cuatro fieras enjauladas dispuestas a cualquier cosa para salir de su cautiverio. El conductor se percató de la refriega en la parte trasera del furgón pero no supo reaccionar y eligió la opción equivocada.

El funcionario paró la furgoneta en el arcén de una carretera comarcal por la que no transitaba un alma, dispuesto a enfrentarse a los forajidos. Amartilló la escopeta de cañones recortados que portaba para defenderse, sin caer en la cuenta de que no se trataba de la mejor arma para enfrentarse a cuatro hombres con ansias de libertad en un habitáculo cerrado.

Tras el brusco frenazo del furgón, Jackson y los demás presos salieron despedidos en todas direcciones, chocando los unos con los otros o contra las paredes metálicas del habitáculo. Bryan consiguió quitarle las llaves de los grilletes a Vásquez y se desembarazó de sus esposas solo un instante antes de que la puerta del furgón se abriera desde el exterior.

El Pastor se aovilló en una esquina, parapetado tras otro preso del que ni siquiera sabía su nombre. Y esa fue su salvación, ya que el conductor abrió fuego en cuanto los tuvo a tiro, matando en el acto a su precario salvavidas, mientras alcanzaba también a Hughens en una pierna. La escopeta solo contaba con dos cartuchos, poderosos pero insuficien-

tes para enfrentarse a una jauría de hombres desesperados antes de que tuviera tiempo de recargarla.

Jackson supo que debía olvidarse de su Dios y pecar para salir indemne del trance. Sacó el estilete del cuello de Hightower y permitió que un chorro de sangre viscosa le salpicara, mientras Hughens intentaba atajar la herida de su pierna. Había llegado la hora de la libertad.

El conductor cometió otra torpeza a continuación, creyendo que llevaba las de ganar. Sacó una cachiporra que llevaba prendida al pantalón y se adentró en la parte trasera del vehículo, dispuesto a dejar K.O. a Hughens y a quién se le pusiera por delante. Pero Jackson fue más rápido y con un movimiento sincronizado movió el estilete de arriba a abajo, antes de clavárselo en el ojo izquierdo. El afilado punzón llegó hasta el cerebro del funcionario y lo mató en décimas de segundo.

La adrenalina se apoderó del cuerpo de Jackson y tuvo que contenerse para no gritar de pura emoción. Debía mantener la calma, actuar con sangre fría, y decidir los pasos que acometer a continuación. Necesitaban salir de allí y escapar a la carrera por los bosques antes de que se dieran cuenta en Broken Narrows, o tal vez en la cárcel de destino, de que el traslado de presos no había resultado como todos esperaban.

Solo quedaban tres personas con vida de las nueve que habían comenzado aquel viaje para el recuerdo: Jackson, Hughens, —malherido en una pierna, pero libre al fin y al cabo— y un joven pelirrojo que parecía mudo de la impresión, y eso que él había salido ileso, al igual que *El Pastor*. Jackson abrió también los grilletes de sus compañeros de fuga, y les conminó a desaparecer lo antes posible de allí.

—Hay que largarse a toda velocidad. Enseguida llegarán los helicópteros y puede que envíen hasta perros para rastrearnos.

—¿Dónde iremos, *Pastor*? —preguntó el pelirrojo.